



Hipócrates y sus artificios

Enfermedad, medicina y narración en las literaturas y culturas hispánicas e hispanoamericanas

editado por Margherita Cannavacciuolo, Maria Rita Consolaro, Alice Favaro

Cuerpo enfermo, medicina y retóricas (no) miméticas Prolegómenos teóricos

Margherita Cannavacciuolo

Università Ca' Foscari Venezia, Italia

Hablar de literaturas hispanoamericanas y enfermedad puede parecer, en cierto sentido, una tautología, dada la temprana imbricación de la esfera semántica de la segunda dentro del contexto hispanoamericano; baste con pensar en la mirada viciada y viciosa que subyace a algunos discursos vehiculados por las crónicas de Indias sobre el continente recién encontrado –al cual, además de prodigios mitológicos considerados ya imposibles de realizarse en Europa, se atribuían enfermedades y desviaciones culturales y anímicas–, o en la tristemente célebre expresión de «pueblo enfermo» (Rojas Mix 1991) que se difunde entre los círculos culturales europeos y criollos en el siglo XIX, bajo también el impulso de las *Lecciones de Filosofía de la Historia* (1823-27) de Hegel.

Este trabajo se desarrolló en el marco del proyecto *Narration and Medicine in Latin American Culture: Application Perspectives to Therapeutic Approaches, from Latin America to Europe, Towards an Inclusive and Flexible Society* y fue financiado por la Unión Europea Next-Generation EU – PLAN NACIONAL DE RECUPERACIÓN Y RESILIENCIA (PNRR) – MISIÓN 4 COMPONENTE 2, INVERSIÓN 1.1 – CUP H53D23005010006. Sin embargo, los puntos de vista y las opiniones expresadas son únicamente los del autor y no reflejan necesariamente los de la Unión Europea o la Comisión Europea. Ni la Unión Europea ni la Comisión Europea son responsables de ellos.



Biblioteca di Rassegna iberistica 42

e-ISSN 2610-9360 | ISSN 2610-8844

ISBN [ebook] 978-88-6969-939-9

Open access

Submitted 2025-07-10 | Published 2025-09-09

© 2025 Cannavacciuolo | © 4.0

DOI 10.30687/978-88-6969-939-9/000

Dentro del *mare magnum* de las producciones literarias que acogen el binomio enfermedad-medicina, es la retórica fantástica – que, en este contexto, entenderemos en el sentido más inclusivo de no mimética; es decir, un modo de escritura que acoge modalidades limítrofes y osmóticas con la fantástica en sentido estricto, como lo extraño, lo insólito y lo maravilloso– la que, desde nuestro punto de vista, se convierte en el interlocutor privilegiado a la hora de trasponer la enfermedad y su relato, los saberes y las prácticas médicos al terreno literario, ya que el ámbito semántico relacionado con la enfermedad, la curación o la imposibilidad de curación – pensemos en el cuerpo amputado y cavia o en prácticas de ensañamiento terapéutico– parece proveer imágenes y retóricas utilizadas como estrategias de representación para construir la vacilación, la ambigüedad y la transgresión que caracterizan el modo de escritura fantástico en el siglo XX y XXI.

Enfermedad, medicina y modos de escritura no miméticos han ido de la mano ya desde las primeras expresiones del género, piénsese en los cuentos de Eduardo Ladislao Holmberg, padre del fantástico argentino y médico él mismo, en relatos como «El caso de la señorita Amelia» de Rubén Darío, «Yzur» de Leopoldo Lugones, «El almohadón de plumas» de Horacio Quiroga, «El Sur» de Jorge Luis Borges, y «La señorita Cora», «La salud de los enfermos», «Cartas de mamá» y «Pesadilla» de Julio Cortázar, solamente para citar algunos ejemplos significativos de textos clásicos del siglo XX del matrimonio muy temprano en el que la semántica de la enfermedad y el léxico médico son apropiados por la escritura literaria a través del modo fantástico para representar de manera incisiva y amplificada la alteración de la realidad percibida como amenazante. La exploración de la enfermedad como manantial simbólico y semántico renovador de las letras sufre un evidente incremento a finales del siglo XX y en el siglo XXI, periodos en los que la enfermedad se semiotiza capilarmente en el texto literario hasta naturalizarse, dando lugar a la que puede definirse una «transición epidemiológica» en la escritura literaria (Fasano 2024); es decir, la enfermedad que se convierte en la posibilidad de una reconfiguración identitaria que el sujeto y la sociedad experimentan, favorece, como subraya el estudioso, nuestra metamorfosis hacia la otredad, nuestro proceso de transformarnos en otra cosa.

Por citar solamente algunos de los copiosos ejemplos que pueblan las expresiones literarias ultracontemporáneas, podrían traerse a colación las muchas exploraciones del intersticio que se abre entre mimético y no mimético a través del vehículo narrativo y simbólico de la enfermedad por las argentinas Mariana Henríquez como «Nada de carne sobre nosotras» y la novela *Nuestra parte de noche*, Jimena Néspolo en su *nouvelle* *Episodios de cacerías*, la novela cumbre de Samantha Schweblin *Distancia de rescate* y el relato «Conservas»

(*Pájaros en la boca*), la novela de Guadalupe Nettel *El huésped* y el relato «Hongos» (*El matrimonio de los peces rojos*), el cuento de la boliviana Giovanna Rivero «El hombre de la pierna» (*Para comerte mejor*), así como las novelas *Mugre rosa* de la uruguaya Fernanda Trias, y *Fruta podrida* y *Sangre en el ojo* de la chilena Lina Meruane.

Sin embargo, la fértil alianza entre medicina, enfermedad y modalidades de escritura no miméticas se debe al paralelismo que se establece entre la mecánica fantástica y la dinámica de la enfermedad, alrededor del concepto cabal de transgresión (Bessière [1974] 2001; Jackson 1981; Campra 1991; 2008). Si el relato fantástico, de hecho, pone en escena un choque entre planos ontológicos inconciliables dentro del paradigma de realidad del personaje, donde un elemento extraordinario amenaza y trastoca (Roas 2001) el plano ordinario socavándolo, la enfermedad, desde las ya clásicas reflexiones filosóficas que protagoniza (Woolf [1930] 2007; Sontag [1978] 2023), se describe como un agente ajeno al sujeto e innombrable fuera del edificio metafórico, que invade y usurpa al sujeto del dominio sobre su cuerpo.

En la estela del matiz cultural y social del concepto de transgresión, tanto el elemento fantástico como la enfermedad desatan y desordenan las estructuras sociales establecidas, así como su uniformidad social, y, por consiguiente, arremeten contra el tejido social y textual. La uniformidad instaurada por los sistemas de poder y su conformismo se fractura cuando lo fantástico mezcla las cartas de las jerarquías y provoca un sistema de diferencias que rebasan el clima de un orden impuesto. A este respecto, el mundo infantil descrito por escritores clásicos (Ángel De Campo, Felisberto Hernández y Guadalupe Dueñas) y ultracontemporáneos (Samantha Schwebelin y Pablo Dobrinin), traídos a colación en el inteligente recorrido propuesto por Angeles Saraiba Russell, se vuelve un almacén de fetiches que materializan deseos, pulsiones prohibidas y obsesiones individuales y de experiencias que revelan el lado siniestro de lo lúdico, encerrando una crítica familiar y social. El SIDA, núcleo del preciso análisis de Karen Poe Lang, se restituye en la novela *Fujirazú* del costarricense José Ricardo Chaves -texto sobre la enfermedad y escrito a partir desde la enfermedad (la epidemia de COVID)-, disfrazado de elementos góticos, como un contra-dispositivo antinormativo que responde a lo 'fantástico político', ya que saca a luz y provoca el colapso de estructuras sociales e identitarias anquilosadas; mientras que la *nouvelle* «El intercesor» (*Las esferas invisibles* 2015) de Diego Muzzio, rescatada inteligentemente por Francesco Fasano, se propone como ejemplo de un «fantástico proto-global» que anticipa el llamado «fantástico de la globalización» (Bizzarri 2019), ya que constituye «un prólogo terrorífico» al epidémico capitalismo. En la misma línea, *Verde* y *Un pianista de provincias* de Ramiro Sanchiz, a partir de la consabida maestría del ojo crítico de Gabriele Bizzarri, se presenta

como terreno literario donde lo fantástico antinormativo se realiza como cruce entre el «horror amorfo, difuso, homeopáticamente irradiado» del mundo global con «el imaginario patológico [...] de la viralidad». La enfermedad y la medicina se configuran como intertextos que se prestan a subyacer o entrar en relación con la amplia semiótica fantástica.

En este sentido, en la narración sobre la enfermedad, tanto la que se entabla entre médico y paciente como la literaria, se reafirma la centralidad enigmática (Le Breton 2009) del cuerpo y la reflexión sobre el cuerpo. En el terreno de lo fantástico, la enfermedad se reafirma como mecanismo no solo de visibilización del cuerpo que lo rescata del olvido –como recoge el intelectualismo griego y la modernidad inaugurada por Descartes, hasta que este saber escondido que es el cuerpo irrumpe violentamente (Pérez-Borbujo 75)–, sino, además, de extrañamiento identitario y de recuperación de la rareza como parte necesaria de la identidad.

En la estela de una teoría ya elaborada sobre la relación nodal entre representación narrativa del cuerpo y construcción de la mecánica fantástica (Cannavacciuolo 2020), adelantamos la propuesta que la enfermedad pueda pensarse como máscara de lo fantástico, ya que a partir de las mejores producciones del siglo XX, lo fantástico ya no está ‘encarnado’, de acuerdo a lo que asevera la acertada expresión de Ernesto De Martino de «fantástico sin fantasmas» con respecto a la literatura de Julio Cortázar, con lo cual la enfermedad se convierte en simulacro del agente y del efecto fantásticos. El nivel literal de la enfermedad –donde un agente externo entra más o menos peligrosamente en el cuerpo del sujeto y le impone la reconfiguración de su geografía simbólica y existencial interior y exterior– se presta a metaforizar el enigma del extraño e innombrable elemento que socava el plano lógico racional de la realidad, darle cuerpo y ponerlo en forma narrativa. Es así como a través del filtro de la retórica fantástica, la enfermedad se convierte en cremallera entre disturbio del cuerpo y disturbio de la realidad y de su paradigma.

De este modo, en la ya citada novela *Fujirazú*, el fantasma de Patricio, muerto por VIH, posee el cuerpo de Victoria con la finalidad de conectarse con su primer amor Raúl denunciando y superando las políticas homofóbicas estatales; «el espíritu primigenio malvado del capitalismo», como muestra el análisis de Francesco Fasano, se encarna tempranamente en el demonio del salnitral en la *nouvelle* «El intercesor» (*Las esferas invisibles* 2015) de Diego Muzzio; y en la cosmogonía mapuche reproducida en *Sueño con menguante. Biografía de una machi* (1999) propuesta por Alice Favaro, la enfermedad se representa como un parásito del alma que «llega desde fuera de la persona y se instala dentro con autonomía».

Lo fantástico se vuelve, entonces, en las narrativas del siglo XXI un fantástico epidemiológico, ya que a raíz de su incidencia no sólo se

borran las barreras entre niveles ontológicos distintos y en principio inconciliables, sino que las relaciones que entablamos con nosotros mismos y los demás, las relaciones entre las instituciones y nuestros cuerpos quedan expuestas a una indagación que pone en tela de juicio la eficacia expresiva de las estructuras reconfortantes del mimetismo y acude, entonces, a estrategias cada vez más empujadas hacia la ruptura y la exploración de territorios que yacen más allá de las estructuras formales de contención epistemológica.

Sin embargo, es posible trasladar nuestro planteamiento teórico exquisitamente dedicado a la relación entre enfermedad y retórica fantástica también incluyendo la escritura que reivindica un anclaje mimético. Al ser el trastorno físico y mental una alteración del cuerpo y del saber sobre el cuerpo y, por ende, del sujeto y de su relación con el mundo, también las escrituras supuestamente miméticas se enuncian desde y restituyen la alteración, la interferencia, la irregularidad, la vacilación –en el sentido de pérdida de las certezas epistemológicas e incertidumbre en el tejido de la realidad–, y, en definitiva, la desterritorialización que el sujeto experimenta con respecto a su entorno y la desposesión con respecto a su mismo cuerpo, sobre el cual ya no tiene poder ya que el cuerpo resulta apropiado por otro elemento y sujeto a un saber otro y supuestamente autorizado, el discurso médico. Entonces, no se puede no acudir al concepto de fantasma de Jaques Lacan, que procede de los planteamientos freudianos, como vuelta de lo reprimido y de lo innombrable, que surge precisamente desde la carne de la fractura. Si para Lacan ([1966-67] 2024) el cuerpo es el síntoma del otro, por ende, en nuestra hipótesis, el cuerpo, que es el nudo de confluencia primero y privilegiado entre enfermedad y práctica y discurso médicos, se convierte en el síntoma del agente fantástico o, en textos miméticos, del elemento externo, sea ese deconstructivo de la identidad, sea ese fértil razón de reconfiguración identitaria.

De este modo, las partes del cuerpo dibujadas en los *exvotos*, examinados en el original ensayo de Michela Craveri, por un lado, visibilizan «la acción taumatúrgica llevada a cabo por medio de la intervención divina», por el otro sacan a luz la violencia sórdida perpetuada sobre los cuerpos de las mujeres. En el relato *¡Ay Virgilio!* del cubano Miguel Ángel Fraga Castillo, examinado con sensibilidad por Sabrina Costanzo, el SIDA se convierte para el protagonista a la vez en estigma social y cárcel existencial que lo obliga a reconfigurar su relación con su cuerpo, trasfigurando metafóricamente en un alacrán, y con su mundo interior y exterior; mientras que en la novela de Andrés Neuman *Hablar solos*, analizada por la pluma quirúrgica de Adriana Mancini, la enfermedad terminal le permite ver al protagonista Mario «lo profundo que es el cuerpo», al mismo tiempo que la escritura se convierte para los que quedan en el resto del cuerpo ausente del otro.

Las consideraciones de matriz lacanianas acerca del cuerpo como síntoma de una otredad finalmente inabarcable conllevan, a nuestro parecer, un punto de inflexión interesante en el concepto de la imposibilidad de curación. Nos interesa poner atención en los relatos que muestran el fracaso de la medicina; es decir, iluminan la práctica médica como ejercicio de un poder ineficaz, como en el caso del enfermo terminal del texto de Neuman que se acaba de citar, cuyo cuerpo, como nota Mancini, «se escurre de las manos de la medicina, entregándose a la muerte». Es en esta incapacidad de volver a la condición, somática y existencial, previa a la enfermedad y en la fractura que esta imposibilidad conlleva donde se instala el discurso literario abordado desde la retórica tanto mimética como no mimética. La curación imposible se tensa dentro de la copiosa presencia de enfermedades y médicos en las obras de Francisco de Quevedo y Juan del Valle y Caviedes, escudriñada por Alessandra Ceribelli, aflora la concepción *ante litteram* del ser humano como enfermedad, que, por otra parte, viene a ser «un estado consustancial a la existencia humana». La enfermedad como estado laberíntico es inolvidablemente representada en el relato «El Sur» de Jorge Luis Borges, tomado en consideración por Susanna Regazzoni después de un trayecto puntual por los textos borgianos que despliegan trastornos como la ceguera y el insomnio, el delirio que la fiebre y la anestesia provocan en el protagonista constituyen las puertas de acceso sin vuelta atrás a otro mundo, «un mundo paralelo ficcional, otro espacio y otro tiempo». Los claroscuros del discurso médico oficial afloran del relato de Silvina Ocampo «La paciente y el médico», gracias al acertado análisis armado por Jorge Chen Sham, ya que se iluminan las derivas de las prácticas científicas de sanación en los terrenos difuminados de la magia y superstición, así como la ambigüedad que se genera por la inquietante y problemática posesión de naturaleza erótica que el médico ejerce sobre su paciente. En la misma línea, la *pièce La Virgen Fuerte* de María Victoria Ocampo, a la que accedemos gracias al novedoso concepto de ‘metonimia somática’ elaborado por Miguel Ángel Perdomo Batista, problematiza la deontología médica al representar el delicado sentimiento de la empatía entre la doctora y su paciente, así como la valiente apropiación simbólica que la primera hace del cuerpo de la segunda.

Como habrá notado el agudo lector examinando el índice del presente volumen, proponemos, de manera algo creativa, un recorrido en cierto sentido al revés, que, partiendo de textos que se apropian de la enfermedad para iluminar la purulencia de la ultracontemporaneidad globalizada, nos lleva a estudios que subrayan la recuperación, a menudo a partir de las mismas producciones ultracontemporáneas, de facultades y prácticas médicas que salen de la perspectiva occidental y mecanicista, ya que todavía guardan una relación importante con la mentalidad mítica y con la experiencia de lo sagrado. El rescate

de prácticas que lindan con lo mágico-religioso brinda otro tipo de aproximación a la experiencia de extrañamiento que procede de lo fantástico, ya que neutralizan su amenaza constitutiva (Roas 2001) dentro de un horizonte cultural más amplio donde lo inexplicable ominoso para la perspectiva occidental queda integrado. Vuelven, en este sentido, los ya citados *exvotos*, que además de testimoniar el «carácter multiétnico de las prácticas médicas virreinales», en palabra de la estudiosa Craveri, se instalan en el espacio poroso entre ciencia y fe, ya que se configuran como artefactos simbólicos que homenajean la curación milagrosa recibida, concretando una etapa fundamental de la ritualidad vinculada con la magia simpática.

Entonces, la medicina popular y ancestral se yergue como natural portal de conexión con la dimensión sobrenatural, con ese *Mysterium Tremendum* del que habla Otto Rank; es decir, se convierte en vehículo para rescatar de la somnolencia moderna un contacto con esa cara olvidada de la realidad y con la facultad simbólica del ser humano representada por el pensamiento mítico. Es así como la atávica sabiduría africana contamina fértilmente la intensa y copiosa obra teatral del cubano Tomás González, generando un teatro que, en el experto análisis de Carmen Márquez Montes, se yergue como un «espacio de vuelta al origen del hombre para poder realizar la sanación del ser humano». En la misma línea, el anhelo de llegar a una «medicina mestiza» en *La maraca embrujada por jibaná* del colombiano Manuel Zapata Olivella, en el puntual examen de Sara Carini, empuja la narración más allá del discurso médico y se convierte en un prisma a través del cual volver a examinar tanto la relación médico paciente de una manera más inclusiva, como la compleja heterogeneidad hispanoamericana.

La articulada cosmovisión mapuche, en cambio, central en el texto *Sueño con menguante* de la antropóloga chilena Sonia Montecino Aguirre, minuciosamente escudriñado por Alice Favaro, confluye y se expresa en la figura de la *machi*, mujer médica quien facilita la recuperación de una relación equilibrada con la Naturaleza como elemento clave de sanación. Finalmente, la mirada médica del pueblo shipibo se traspone a la novela corta *Inin Niwe y el mundo puro de los seres eternos* (2022) del peruano Pedro Favaron, penetrantemente indagada por Maria Rita Consolaro a partir de la vinculación de la mentalidad mítico-iniciática de la que está impregnada a la clasificación propiana de los cuentos de hadas para favorecer el encuentro entre dos horizontes de lectura distintos, indígena y occidental.

Si la medicina tradicional y la etnomedicina de raíz africana y autóctona son objetos de rescate de textos que se colocan en la órbita editorial de la ultracontemporaneidad, es también interesante abrir una ventana sobre el saber nativo como un caudal de experiencias y prácticas novedosas para la medicina europea, así como un

terreno potencialmente amenazado por el mecanismo hegemónico de asimilación y encubrimiento. De este modo, el diario *Viaje a Nueva Granada* (1869) del físico francés Charles Saffray, larga y detenidamente analizado por Sonia Bailini, muestra la tentativa de asimilación cultural jerarquizada de elementos de la fauna y la flora locales dentro del cauce científico occidental, mediante un proceso «de traducción intersemiótica que es lo que determina su validación científica». De manera casi exquisitamente especulativa, las virtudes y aplicaciones terapéuticas de la planta del tabaco procedentes de la práctica médica indígena, así como demuestra la precisa investigación de Benedetta Belloni acerca de los libros antiguos fruto de la producción editorial española e italiana editados en el siglo XVI, enriquecen el ámbito galénico europeo, así como su desarrollo. La apropiación del legado nativo por parte del discurso médico oficial y, por lo tanto, de la elasticidad de los confines del concepto de oficialidad, se testimonia también por la presencia de la medicina tradicional chilena en la lexicografía diferencial del siglo XX, meticulosamente analizada por Mario Salvatore Corveddu, quien subraya cómo los diccionarios son «producciones culturales impregnadas de visiones del mundo y criterios ideológicos». Finalmente, el acertado y sumamente meticuloso análisis crítico, traductológico y filológico de las varias ediciones y traducciones del *Popol Vuh* que brinda Dante Liano, logra desmitificar, deconstruyéndola eficazmente, la hipótesis autorizada, y supuestamente difundida a partir del Libro de la Comunidad, acerca de la presencia de la fiebre amarilla dentro del área maya antes de la llegada de los españoles.

Al final de este amplio y, esperemos no demasiado aburrido para el aficionado lector, recorrido por esta caleidoscópica variedad de pinceladas sobre las complejas relaciones que se entablan entre medicina, fantástico y textualidades, parece aflorar con su inagotable carga simbólica la evidencia del enigma primario que subyace en y aflora de los intersticios liminares de la fértilmente precaria existencia del ser humano.

Bibliografía

- Bessière, I. [1974] (2001). «El relato fantástico: forma mixta de caso y adivinanza». Roas, D. (comp.), *Teorías de lo fantástico*. Madrid: Arco/Libros, 83-104.
- Bizzarri, G. (2019). «Fetiches pop y cultos transgénicos. La remezcla de la tradición mágico-folclórica en el fantástico hispanoamericano de lo global». *Brumal*, 7(1), 209-29.
- Campra, R. (1991). «Los silencios del texto en la literatura fantástica». Morillas Ventura, E. (ed.), *El relato fantástico en España e Hispanoamérica*. Madrid: Sociedad Estatal Quinto Centenario, 49-73.
- Campra, R. (2008). *Territorios de la ficción. Lo fantástico*. Sevilla: Renacimiento.

- Cannavacciuolo, M. (2020). *El cuerpo cómplice. Los cuentos de Julio Cortázar*. Madrid: Visor.
- Fasano, F. (2024). *Malattia come identità. La transizione epidemiologica nella letteratura ispanoamericana ultracontemporanea*. Milano: Mimesis.
- Jackson, R. (1981). *Fantasy, the Literature of Subversion*. New York: New Accents. Trad. esp. *Fantasy, literatura y subversión*. Buenos Aires: Catálogos, 1986.
- Lacan, J. (2024). *Il seminario. Libro XIV. La logica del fantasma. 1966-1967*. Torino: Einaudi.
- Le Breton, D. [1990] (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Pérez-Borbujo Álvarez, F. (2014). «El cuerpo naciente: hacia una fenomenología de la angustia». Grave, C.; Pérez-Borbujo, F. (eds), *El cuerpo y sus abismos*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 31-75.
- Roas, D. (2001). «La amenaza de lo fantástico». Roas, D. (comp.), *Teorías de lo fantástico*, Madrid: Arco/Libros, 7-44.
- Rojas Mix, M. (1991). *Los cien nombres de América. Eso que descubrió Colón*. Lumen: Barcelona.
- Sontag, S. [1978] (2013). *La enfermedad y sus metáforas*. Barcelona: De bolsillo.
- Woolf, V. [1930] (2007). *Estar enfermo*. México D.F.: UNAM.

